

## **Bibliotecas Itinerantes, lecturas y mediadores en contextos de encierro**

**POR SERGIO FRUGONI**

---

**Resumen:** Las bibliotecas en contextos de encierro juegan un papel fundamental en la ampliación de las posibilidades educativas y culturales de las personas privadas de su libertad. Se trata de espacios de socialización y acceso a la cultura escrita que no pueden ser reducidos a un servicio de préstamos de libros. Esto adquiere otra complejidad cuando se trata de bibliotecas itinerantes que circulan por sectores de la cárcel más allá de la escuela. En este artículo, abordaremos algunos interrogantes sobre la gestión de bibliotecas móviles en contextos de encierro y la formación de personas privadas de su libertad como mediadores de lectura, muchas veces en condiciones adversas y hostiles a las lecturas y las prácticas del libro. En especial, indagaremos los rasgos específicos de la mediación a la lectura en los pabellones evangélicos. Desde una perspectiva de la lectura entendida como “práctica situada”, cuyos usos y sentidos no son universales ni absolutos, sino construidos y reconstruidos en el marco de relaciones sociales, nos interesa indagar las contradicciones, límites y posibilidades de las prácticas de lectura en estos contextos en la tarea de garantizar el derecho a la lectura.

**Palabras clave:** Bibliotecas, Contextos de encierro, Lectura, Mediación, Formación.

**Abstract:** *Prison libraries play an important role in expanding the educational and cultural possibilities of inmates, as well as providing more flexible encounters between books and readers. They offer opportunities of socialization beyond book loan. Complexity increases when we look into mobile libraries going places beyond prison school. In this paper we discuss the function of mobile libraries and the education of inmates on reading mediation, usually in adverse conditions, including hostility against books. For this we will focus on the particularities of reading mediation at evangelical pavilions. From our perspective, reading is always situated within specific social practices, built and rebuilt within social relationships. We are interested in the contradictions, limits and possibilities of literacy practices as a way of guaranteeing, in this type of contexts, the right to read.*

**Keywords:** *Libraries, Prison, Reading, Mediation, Formation.*

## Bibliotecas Itinerantes, lecturas y mediadores en contextos de encierro

Sergio Frugoni <sup>1</sup>

En una entrevista reciente, Javier Planas, autor de una excelente historia de las bibliotecas populares argentinas, decía:

Creo que hay varios motivos detrás de la permanencia de las bibliotecas. Por un lado, la tradición: la tradición de las bibliotecas como símbolo sigue traccionando sueños o ilusiones, sigue generando expectativas respecto del progreso cultural o simbólico. Pero también hay un plano que tiene que ver con la socialización: la gente sigue necesitando juntarse y verse las caras, y discutir proyectos de buena vida, que canalizará a través de la literatura y la institución. Participar de la vida de la biblioteca es tener algo para hacer más allá de la rutina cotidiana (Planas, 2017, s/n).

Las palabras de Planas aciertan en un aspecto clave de la función social de las bibliotecas: su importancia como lugares en los que, entre libros y lecturas, se imaginan proyectos de vida y se construyen otros lazos sociales. Durante todo este año, me ha tocado recorrer varias cárceles de la Provincia de Buenos Aires en el marco de un proyecto de implementación de biblioteca itinerantes en distintas Unidades del Sistema Penitenciario Bonaerense.<sup>2</sup> La propuesta tiene como destinatarios a personas privadas de su libertad que acceden a una serie de talleres cuyo objetivo es brindar herramientas para la mediación a la lectura dentro de la cárcel. El proceso de trabajo culmina con la entrega de una “biblioteca rodante” cuyo uso y funcionamiento queda bajo responsabilidad de los participantes del taller. El proyecto aborda un aspecto

---

<sup>1</sup> Profesor ayudante diplomado ordinario en la cátedra de “Didáctica de la Lengua y la Literatura II y Prácticas de la Enseñanza” del Profesorado en Letras de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor adjunto en “Prácticas docentes en educación no formal” en el Profesorado en Letras de la UNSAM. Profesor adjunto en “Retórica” en el Profesorado en Letras de la UNSAM.

Correo electrónico: [sfrugoni@icloud.com](mailto:sfrugoni@icloud.com)

<sup>2</sup> Se trata del Proyecto “Mediadores del conocimiento en contextos de encierro” dependiente del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación en trabajo conjunto con el Ministerio de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. El proyecto consiste en la llegada de una biblioteca itinerante con más de 100 libros luego de un periodo de formación en mediación a la lectura que lleva adelante un equipo de narradoras orales y capacitadores en gestión de bibliotecas. Durante el período 2017/18, el proyecto se implementó en diferentes UPs de las cárceles de Gorina, San Martín, Florencio Varela, Magdalena, Los Hornos, Batán y Campana.

doblemente complejo para las prácticas de libro y la lectura en una cárcel: la circulación concreta de material impreso en la forma de una biblioteca itinerante y la formación de personas en situación de encierro como agentes activos de la difusión cultural en condiciones adversas o directamente hostiles. Desde una perspectiva de la lectura entendida como práctica situada, cuyos usos y sentidos no son universales ni absolutos, sino contruidos y reconstruidos en el marco de relaciones sociales, intentaremos abordar algunas ideas e interrogantes sobre la formación de mediadores de lectura y la gestión de una biblioteca rodante por personas privadas de su libertad. Indagar algunas de sus contradicciones, límites y posibilidades en tanto herramienta para garantizar el derecho a la lectura.

La presencia de una biblioteca en la cárcel es, ante todo, un derecho garantizado por el artículo 140 de la Ley Nacional 24.660 relativa a la Ejecución de la Pena Privativa de la Libertad. Dicho artículo señala “En todo establecimiento funcionará una biblioteca para los internos, adecuada a sus necesidades de instrucción, formación y recreación, debiendo estimularse su utilización”. La ley da un marco normativo fundamental para la presencia y desarrollo de actividades vinculadas con las bibliotecas en contextos de encierro. Sin embargo, una ley es necesaria pero no suficiente para la conformación de una “cultura de bibliotecas” (Bajour, 2006), es decir un conjunto de prácticas y discursos que permitan el acceso de todas las personas al universo de los libros y la lectura.

Son muchas las experiencias que muestran que las bibliotecas pueden ser espacios poderosos de encuentro, circulación de palabras silenciadas y cruce de experiencias y saberes. Como señalan Herrera y Broide (2013), la biblioteca “va abriendo grietas en la estructura rígida de la cárcel” (p. 19). Por supuesto, estamos hablando de un modelo de biblioteca no subordinado exclusivamente a fines instrumentales o al apoyo a la escolarización ni que se asume como un despacho de libros. La biblioteca, en este sentido, amplía las posibilidades educativas y culturales, abre recorridos menos tutelados, provoca encuentros más flexibles con los libros y entre los lectores. En suma, se vuelve un espacio de socialización que no puede ser reducido a un servicio de préstamos.

Sin embargo, una biblioteca en la cárcel está tironeada por lógicas contrapuestas. Como todo proyecto educativo y cultural en contextos de encierro, la biblioteca también

se constituye en la tensión entre las lógicas punitivas del tratamiento penitenciario y las lógicas pedagógicas que alientan otros vínculos y modos de relacionarse con la palabra (Herrera y Broide, 2013, 16). Los propósitos educativos y culturales se ven asediados por una lógica institucional dominante de premios y castigos, vigilancia y enmudecimiento. Todo el tiempo, también, la biblioteca ofrece oportunidades para desmarcarse y construir un lugar habitable. ¿Qué sucede cuando el objetivo es extender el territorio, relativamente protegido, de la biblioteca escolar hacia otros sectores de la cárcel, como los pabellones, donde la circulación de personas y libros está severamente restringida? Las rejas marcan fronteras concretas para los libros pero también fronteras invisibles para la lectura.

En primer lugar, podríamos decir que allí donde la biblioteca escolar no puede llegar por múltiples razones -su ubicación en el espacio, las restricciones para el acceso, los horarios de funcionamiento o las fronteras invisibles que se erigen entre las personas y los libros-, la biblioteca itinerante es un dispositivo poderoso de trabajo. No obstante, el camino que lleva a una persona a convertirse en mediador en este tipo de bibliotecas no es sencillo y asume múltiples vías. En los encuentros de trabajo con los internos, vamos construyendo, paso a paso, la posibilidad de imaginar -e imaginarse- puentes hacia los libros y la lectura. Es un camino individual que excede recetas y caminos previsibles. Sobre todo, porque muchos de las personas que concurren a los talleres tienen una biografía de lectura marcada por la exclusión y el fracaso escolar. Algunos de ellos están terminando la educación primaria y otros ya egresaron de la secundaria. Muchos tienen claro en qué consiste el taller y quieren participar voluntariamente, otros son seleccionados por alguna razón - a veces inextricable- por el servicio penitenciario y se enteran *in situ* de qué se trata el taller. Diversas trayectorias escolares y recorridos de lectura, diversos intereses, diversas razones para estar ahí. La heterogeneidad marca el espacio y determina la posibilidad de convertirse en un mediador.

Los primeros encuentros de trabajo consisten en lecturas compartidas, en voz alta, que dan pie a una conversación abierta, sostenida en los aportes de cada participante. Una vía dialógica (Hirschman, 2011) que brinda la oportunidad de revisar las historias personales de lectura. Abundan las afirmaciones rotundas (“nunca leí un libro”) que luego se relativizan porque aparecen escenas olvidadas o porque en el

encuentro siguiente surgen conversaciones sobre las lecturas que el grupo ha realizado hasta el momento. El eje del trabajo gira alrededor de la noción de “comunidad de lectores” en el sentido que Jean Hébrad le da a las bibliotecas escolares: “un lugar donde se puede aprender que el libro no solo se lee, sino que un libro se habla y que, quizá lo más importante cuando se ha leído un libro, es ser capaz de hablar de él para que otro lo lea” (2000, p.8).

En el taller también se exploran los libros del acervo. La biblioteca itinerante está dotada de aproximadamente 100 libros de distintos géneros, temas, estilos y autores. Novelas, cuentos, poesías, libros de divulgación histórica, libros álbum, literatura infantil, crónicas y libros producidos en contextos de encierro, como *Ondas de Hiroshima* y *Las armas*, o escritos por autores privados de su libertad con sólidos proyectos de escritura, como *Agua Quemada*, de Martín Bustamante.<sup>3</sup>

Durante el taller, los participantes toman en préstamo un libro a elección y la semana siguiente conversan sobre ellos. Esas charlas dan lugar a nuevas reflexiones sobre qué títulos elegir, para qué o para quiénes. En la UP N° 28 de Magdalena, Carlos se llevó en préstamo el *Libro del Haiku* luego de explorar un rato la mesa. A la semana siguiente conversamos sobre su elección y contó que “no se había enganchado mucho” y que “le faltaban más lecturas para entenderlo”. Mi comentario fue que no había mucho para entender más que ese resplandor que provocan los tres versos del haiku. Se quedó pensando y me dijo: “sí, por ahí lo que me pasó es que no me sirvió”. Y cuenta que en realidad estaba buscando un libro de poemas para su novia. Cada vez que hablan por teléfono ella le regala la lectura de un poema y él quiere hacer lo mismo. Obviamente, un haiku no le servía para ese propósito.

Otro de los ejercicios propuestos consiste en seleccionar un libro para una persona concreta, “con nombre y apellido”. Una recomendación puntual acompañada de una reflexión sobre las razones de la elección. La actividad habilita nombres de familiares, visitas, novias y novios, compañeros del pabellón. La conversación hace visible una red de lectores posibles en los que cada uno está inmerso. Una comunidad

<sup>3</sup> Albornoz, I. y otros (2011). *Ondas de Hiroshima*. La Plata: La Fraternidad. Pererneau, M. (Ed.). (2014). *Las armas*, Buenos Aires: Editorial Libretto. Este último libro es el resultado de un proyecto de dramaturgia realizado entre 2012 y 2013 por el docente Marcos Pererneau en el CUSAM (ver nota siguiente). Bustamante, M. (2016). *Agua quemada*. Buenos Aires: La masmedula.

potencial que trasciende incluso las rejas. Luis, un joven que estaba empezando la primaria, me pidió durante dos semanas el mismo libro: *Nadie te creería*, del escritor argentino Luis María Pescetti, que incluye el relato “Incógnitas”, leído en el primer encuentro. Quería leerlo en voz alta a su madre -lo estaba practicando- el día de la visita. El cuento está escrito sólo con preguntas y Luis quería conocer las respuestas de su madre.

La conversación literaria, la recomendación, imaginar lectores posibles en red, son algunas de las dimensiones posibles de la construcción de una biblioteca como *espacio de sociabilidad*, más allá del lugar físico y de los anaqueles con libros. La biblioteca itinerante va tejiendo esa red en su movimiento.

Sin embargo, el impedimento principal de los encierros es, justamente, el movimiento: de personas, de libros, de objetos. En este punto, la discusión sobre la gestión de la biblioteca suele ser intensa. Nuevamente: no hay una metodología excluyente, ni mucho menos podría prescribirla desde mi rol de formador, dado que no conozco -más que por relatos- la lógica interna de los pabellones o de los espacios más allá de la escuela, donde nos movemos los educadores. Mi propia ignorancia habilita un saber del grupo que necesariamente tiene que asumir un rol activo para imaginar el movimiento de una biblioteca itinerante en condiciones tan restrictivas y con tantos actores en juego que pueden decidir si los libros atraviesan o no una reja.

El caso paradigmático es el ingreso de la biblioteca en los pabellones evangélicos. Vamos a abordar este tema en los siguientes párrafos.

Damián Rosas cursó la carrera de sociología en el CUSAM privado de su libertad.<sup>4</sup> En su tesis de licenciatura hizo aportes notables para la comprensión de la vida cotidiana en los pabellones evangélicos. Especialmente para visibilizar las formas de sociabilidad en su interior, organizadas por una estructura jerárquica rígida -el *ministerio*- y un conjunto de normas que garantizan al Servicio Penitenciario la gobernabilidad de esos sectores. Rosas analiza los distintos tipos de disciplinamiento -incluso tan violentos como los de los pabellones comunes- y las normas que regulan la cotidianidad alrededor

---

<sup>4</sup> El Centro Universitario San Martín (CUSAM) es un espacio educativo de nivel superior creado por la Universidad Nacional de San Martín en el interior de la Unidad N° 48 del Servicio Penitenciario Bonaerense, en la Localidad de José León Suárez del Partido de General San Martín (PBA).

de las prácticas religiosas. La lectura de esa tesis me ofreció un marco novedoso para repensar muchos de los emergentes que aparecían en los talleres.

Es muy común que los participantes de los talleres vivan -o hayan vivido- en los pabellones evangélicos. Muchos de ellos, a la hora de compartir sus experiencias de lectura, relatan episodios de censura o de vigilancia sobre qué y cómo se lee. Néstor, bibliotecario de la UP Nº 32 de Florencio Varela, relató el rígido control de la lectura que había sufrido durante mucho tiempo por los siervos del ministerio. Finalmente, había decidido cambiarse de pabellón. Por otro lado, dada la baja conflictividad, suelen ser los primeros que aparecen como opción para el recorrido de la biblioteca itinerante, ya que allí viven muchos de los lectores reales o potenciales que podría alcanzar el proyecto.

Está tensión entre las prácticas disciplinarias de la vida evangélica, que incluyen por supuesto situaciones de lectura, y las prácticas que propicia la biblioteca es uno de los aspectos más interesantes y complejos del proyecto. Se debe a varias razones, no todas con un sesgo negativo. En primer lugar, la posibilidad misma de que la Biblioteca Itinerante llegue a los pabellones a veces depende más que del Servicio Penitenciario, del *siervo* a cargo del sector, cuyo rol es descrito por Rosas (2015) como:

Persona que tiene la responsabilidad de llevar adelante el cumplimiento de todas las tareas y actividades espirituales. Es el que tiene la última palabra a la hora de tomar una decisión, desde decidir los horarios en los que se efectúan las reuniones hasta si algún integrante del pabellón debe abandonarlo por algún motivo en especial (p.59).

En la UP Nº 32 de Florencio Varela, por ejemplo, la consulta y aprobación del coordinador de los pabellones evangélicos era condición *sine qua non* para cualquier tipo de acercamiento. En el encuentro en el que debatimos ese tema, el acervo de la biblioteca fue objeto de una polémica. Libros como *Drácula* o una antología de cuentos policiales corrían el riesgo de no pasar la censura del coordinador. Fue interesante la discusión sobre los criterios por los que un libro podía ser o no censurado por la ilustración de la tapa (un revolver en el caso de la antología policial) o por la hipótesis de su contenido, como el caso de *Drácula*, sobre el que había un amplio conocimiento social más allá de su lectura efectiva. El condicionamiento concreto abrió un espacio de reflexión muy rico sobre el control de la lectura literaria y los prejuicios sobre los posibles efectos que puede tener en los lectores. Una propuesta fue hacer una selección que

podiera pasar el filtro del siervo y luego, con la biblioteca funcionando, construir la confianza suficiente para sumar nuevos libros. Damián, que se había identificado reiteradamente como un “no lector”, dijo: “cualquier libro tiene que estar en una biblioteca”. Finalmente, se llegó a un acuerdo cuando David, un preso de muchos años, asumió la responsabilidad de hablar con el siervo, mostrarle los libros y explicar los beneficios que podía traer para la población. Su mandato fue que podía negociar algunos títulos pero que la biblioteca debía mantenerse en su totalidad.

Otro tanto sucedió en el penal de Magdalena. En medio de una discusión similar, uno de los internos que no había participado demasiado en las actividades se postuló como representante frente al siervo de uno de los pabellones. Había formado parte de esa comunidad durante mucho tiempo y -dijo- “sabía cómo hablarle”, lo que fue ratificado por el coordinador educativo del Servicio Penitenciario, quien acompañó la decisión. En este caso, un participante encontró un rol clave en la gestión de la biblioteca más allá de su biografía lectora. Eran otros saberes los que lo habilitaban como gestor de la biblioteca. Asimismo, la alianza con el coordinador de educación fue clave.

Estos relatos abren múltiples preguntas respecto de la especificidad de un proyecto de estas características en la cárcel, de lo que significa la formación de mediadores de lectura en ese contexto y la importancia de la conformación de un equipo de gestión de la biblioteca que considere distintos roles y capacidades que exceden la biografía lectora de los participantes. Para muchas personas privadas de su libertad, descubrir que pueden ser parte de un equipo de gestión de la biblioteca, aún con una relación distante o compleja con la lectura, es un paso considerable y prometedor.

Sin embargo, esto es posible si se parte de un modelo de biblioteca -y por ende, de formación de mediadores y gestores- que privilegie las propias trayectorias y los múltiples modos de vincularse con los libros y la lectura. La pregunta sobre cómo y quién puede gestionar una biblioteca de estas características no puede responderse únicamente con saberes técnicos o instrumentales propios de una visión tecnocrática de la bibliotecología. Se impone una mirada más amplia, que ponga en foco en los vínculos que se construyen alrededor de una biblioteca entendida como un espacio social.



Al respecto, Cecilia Bajour (2006) señala que una biblioteca “no es sino que se hace”, en el sentido de que no hay modelos universales o un saber técnico que garantice su funcionamiento. Se trata de atender el microcosmos singular y la huella que esos sujetos en particular le imprimen con sus experiencias, saberes y también sus deseos. Dicho en otros términos, la biblioteca “se hace” en una trama sutil y sostenida de relaciones sociales entre los libros y los lectores. Una trama que se va configurando en contextos muy específicos, que incluyen usos particulares de la letra escrita, concepciones diversas, posiciones de lector frente a otros lectores y creencias e ideas sobre el valor y los efectos de la lectura.

En este sentido, podemos separar la idea de “gestión” de sus connotaciones tecnocráticas ligadas al eficientismo y el control de resultados para pensarla en relación a las estrategias que se despliegan en contextos localizados, lo que supone la invención de nuevas condiciones sociales para leer y escribir. Jean Hébrad (2000) señala: “no hay lecturas afuera de las comunidades a las que estas pertenecen, son las comunidades las que nos permite ser lectores” (p.7).

Las escenas de censura y vigilancia sobre los lectores que hemos mencionado recuerdan los relatos de Michèle Petit sobre “el miedo al libro” que suele aparecer en los contextos rurales en Francia donde realizó su investigación. Para la autora, existe otro tipo de tabú, más allá de las connotaciones de “inutilidad” y de “tiempo desperdiciado” que recaen sobre la lectura literaria. Escribe Petit:

En el campo, el dominio de la lengua y el acceso a los textos impresos han sido por largo tiempo el privilegio de quienes detentaban el poder: los notables, los representantes del Estado y de la Iglesia. Y éstos siempre han intentado hacer de chaperones de los lectores. La Iglesia católica en particular, obsesionada por los peligros de la lectura a nivel popular, estigmatizó por mucho tiempo sus lecturas no controladas de la Biblia o de las obras profanas, y se esforzó por hacer de la lectura un acto colectivo y vigilado (Petit, 1999, p.111).

Estas modalidades de vigilancia, menos frecuentes hoy en día, se reactualizan en el contexto específico de los pabellones pentecostales. En su tesis, Damián Rosas ha descrito los diferentes actividades espirituales que suceden en el cotidiano evangélico, rutinas diarias con nombres y rasgos particulares, como la *primicia* -la reunión al principio del día- o *la santa cena*, que se realiza una vez por mes. En ambos casos, las

prácticas espirituales suponen la lectura colectiva y la interpretación de pasajes bíblicos. Señala Rosas (2015): “Luego de terminada la lectura inicia una explicación en forma de reflexión, la que mayormente apunta a exhortar a los *hermanos* para que lleven una vida práctica y obediente a la Palabra de Dios” (p.120).

La lectura e interpretación de la palabra de Dios se configura como el medio por excelencia para la reinserción social. Cualquier otra lectura profana pareciera atentar contra el proceso de recuperación de los “hermanos”. Rosas, sin embargo, señala que estas prácticas son funcionales al Servicio Penitenciario en tanto garantizan el disciplinamiento de los pabellones y reproducen la violencia institucional por otros medios. En el mismo sentido, Rita Segato (2013) ha señalado la función social del culto evangélico en las cárceles, en lo que llama “un “monopolio” o un “secuestro” de las vías de acceso al bien y a la redención”. En su perspectiva, se reproduce “un estado de minoridad para el preso: el tutelado, que no es dueño de su conciencia ni de su cuerpo, es infantilizado por la reducción cotidiana de su voluntad. En esa condición infantil, minusválida, es imposible ser responsable” (p.20).

No obstante, hay un aspecto a considerar: el impacto de esta sociabilidad en las trayectorias de lectura de muchos presos. Si bien es innegable el efecto disciplinador sobre las subjetividades, en muchos casos la lectura bíblica es la primera posibilidad de reconstruir una relación con la cultura escrita. La lectura y la escritura suceden en contextos específicos que le dan sentido y que van conformando modos particulares de relacionarse con ellas. Un ejemplo puede ilustrar este punto. En medio de una discusión sobre distintas concepciones de la lectura, intentábamos extender el concepto hacia una idea de lectura compartida, más amplia que la imagen clásica del lector solitario y silencioso. Entonces, un participante muy joven dijo: “es como cuando leemos la Biblia con los hermanos”. Esa misma persona, al comentar el libro álbum *El árbol rojo* de Shaun Tan, hizo una relación inesperada con un versículo del evangelio y desarrolló una explicación digna de una ceremonia religiosa. Las modalidades de apropiación de los textos están estrechamente vinculadas a las comunidades de lectores a las que pertenecemos. En ese mismo grupo, otro de los jóvenes participantes contó cómo la lectura de la Biblia lo había “salvado” las veces que estuvo confinado en la celda de castigo.

Como toda práctica social, la lectura es contradictoria y nos pone frente a lectores singulares que han construido su historia con los libros participando en situaciones concretas de uso. Leer y escribir no son capacidades individuales o meros procesos cognitivos: son prácticas sociales tramadas con las vidas y los contextos. Lo que también supone concepciones sobre los efectos de la lectura en la subjetividad y las trayectorias de vida. Creencias que pueden ser usadas para la censura de libros que podrían desviar al lector del “camino recto”, como los casos citados, pero también, por el contrario, que estimulan la lectura y el encuentro con los libros. Al terminar un taller en la cárcel de San Martín, un joven se acercó a pedirme un libro prestado: “tengo la visita y quiero mostrarle a mi hija de tres años que estoy haciendo las cosas bien”. La lectura supone, entonces, usos y apropiaciones concretas, así como ideas sobre su valor y efectos sociales. Lo que nos advierte sobre las continuidades con formas de entender la lectura más allá de los muros, en especial con los discursos sobre los supuestos beneficios de la lectura para la reinserción social, creencia muy extendida en las acciones educativas y culturales dirigidas a los sectores populares. Como nos recuerda Elena Achilli (2009), es necesario complejizar la idea de contexto cuando analizamos una escena educativa. Todo contexto inmediato, local, está atravesado “por las huellas de otras escalas témporo-espaciales” (p.126).

Conocí a Patricia en los encuentros de formación de mediadores de lectura en la UP Nº 47 de San Martín. Era un grupo mixto de edades diversas, algunos con una historia intensa de lectura y otros más lejana, incluso muchos afirmaban que nunca habían leído un libro. Desde el primer momento, Patricia participó activamente de las propuestas y las discusiones. Contó su experiencia en la cárcel de Magdalena, donde se había hecho cargo de la biblioteca escolar. Sus relatos de medición eran escuchados con mucha atención por todos. En una de esas ocasiones relató que una compañera del pabellón cristiano le había dicho que antes de acostarse le rezaba a Dios para que la saque de ahí. Una noche, después de rezar, se le apareció la imagen de una estrella en sueños. Cuando se despertó, la asaltó una duda: se dio cuenta de que no sabía muy bien qué era una estrella, más allá de esos puntos luminosos que se ven en el cielo nocturno. Enterada de esto, Patricia rápidamente buscó en la biblioteca de la escuela algunos manuales y libros de divulgación y eligió el que le pareció más adecuado para saciar la curiosidad

astronómica de su compañera. “Encontré unos fascículos tipo Billiken” nos dijo ese día, haciendo un gesto de victoria. Hace unas semanas encontré a Patricia en uno de los talleres del CUSAM; luego de casi un año de espera había sido admitida para empezar la carrera de sociología. En ese momento había rendido su primer examen y estaba contrariada porque la habían desaprobado. Tenía algunas quejas con el profesor porque no entendía cuál había sido el error pero estaba preparando el recuperatorio con mucho esmero. Ese día me contó que los libros de la biblioteca itinerante circulaban mucho. Estaban fabricando un nuevo carro porque el mueble que se entrega con los libros no era del todo cómodo, así que, mientras tanto, ella buscaba periódicamente libros de la biblioteca y los llevaba a los pabellones femeninos. Ya había conformado un grupo de mujeres adultas lectoras a las que conocía y recomendaba libros. Con las más jóvenes tenía más dificultades y charlamos un rato sobre algunas estrategias. En su opinión, a la biblioteca le faltan algunos diccionarios y Biblias, porque muchos de los pedidos que recibe son de “libros espirituales”.

Finalizo este artículo recordando a Patricia porque en su trayectoria como lectora, bibliotecaria, mediadora, estudiante universitaria y futura socióloga hay un horizonte de posibilidades para quebrar las barreras reales y simbólicas que el encierro impone a las personas privadas de su libertad.

## Referencias bibliográficas

- Achilli, E. (2009). *Escuela, familia y desigualdad social. Una antropología en tiempos neoliberales*. Rosario, Argentina: Laborde Editor.
- Bajour, C. (2006). "La biblioteca se hace". En *2º Encuentro Nacional de Maestros Bibliotecarios y Asesores Acompañantes*. Conferencia en la Dirección General de Materiales Educativos, Dirección de Bibliotecas y Promoción de la Lectura, SEP, Biblioteca Nacional "José Vasconcelos", México D.F.
- Broide, M. y Herrera, P. (2013). *Bibliotecas abiertas en contextos de encierro*. Buenos Aires, Argentina: Ministerio de Educación de La Nación.
- Hébrad, J. (2000). "El aprendizaje de la lectura en la escuela: discusiones y nuevas perspectivas" [en línea]. Consultado el día 26 de octubre de 2017 en <http://www.r020.com.ar/extradocs/lectura.pdf>
- Hirschman, S. (2016). *Gente y cuentos ¿A quién pertenece la literatura?* México D.F., México: FCE.
- Petit, M. (1999). *Nuevos acercamientos de los jóvenes a la lectura*. México D.F., México: FCE.
- Planas, J. (2017). Rescatar la historia. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/63401-rescatar-la-historia>
- Rosas, D. (2015). *El mundo evangélico en la cárcel Un estudio etnográfico sobre un pabellón evangélico en la Unidad penitenciaria no 48 de San Martín* (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional de San Martín, San Martín.
- Segato, R. (2003). "El sistema penal como pedagogía de la irresponsabilidad y el proyecto Habla preso: el derecho humano a la palabra en la cárcel". En *Culture, Violence, Politics, and Representation in the Americas*. Conferencia en Institute of Latin American Studies, Organización Arte sin Fronteras y UNESCO, Austin, EEUU.